Biblioteca Valenciana: primeras impresiones

Josep Sorribes
Universitat de València

Miércoles 31 de Octubre del 2001. Son las 12 h. Y me dispongo a realizar mi primera visita a la Biblioteca Valenciana. Acabo de salir de una reunión en la C.O.P.U.T. (Avda. Blasco Ibáñez) y tomo un taxi. Primera constatación: la accesibilidad del magnífico monasterio de San Miguel de los Reyes , sede de la Biblioteca Valenciana, deja mucho que desear y ello limita de forma importante su uso. Cierto que cuando, un año de éstos, acaben la Ronda Norte el acceso mejorará ostensiblemente pero con un pequeño detalle: habrá que utilizar el vehículo privado, cosa que, no por habitual, deja de ser una mala práctica. No sé si la línea 4 del tranvía debería hacer otro bucle similar al que hace para acercarnos a la antigua estación y dejarnos a las puertas de la Biblioteca. De este modo, la Biblioteca quedaría bien conectada con lo que es nuestro, al menos potencial, "eje del conocimiento" (Tarongers- Burjassot). Supongo que habría que aumentar frecuencias y que el coste del ramal no será pecata minuta, además de obligar a una reestructuración del tráfico privado porque la estrecha Avda. de la Constitución no permite la coexistencia pacífica de peatones, vehículos y tranvía. De todas formas, la mejora de la accesibilidad y la conexión con los dos campus, son exigencias obvias que aconsejan reflexionar.

Llego con cierta rapidez y seiscientas pesetas menos a la puerta de la Biblioteca. Segunda constatación: la proverbial descoordinación entre instituciones ha permitido que el entorno de la Biblioteca sea, simplemente, lamentable. Subsisten en un radio de trescientos metros viejas edificaciones, una explotación porcina, solares … pura periferia degradada. La inversión realizada en la restauración justificaba y justifica sobradamente una intervención de "saneamiento" del entorno que, además, beneficiaría a la habitabilidad de las zonas colindantes de Orriols y Torrefiel que no son precisamente un paraíso. Antes, cuando San Miguel de los Reyes era cárcel o, más recientemente, almacén municipal, todo era muy "coherente" pero ahora canta mucho y desafina todavía más.

Entro en el recinto. A la izquierda el bar (mal diseñado). A la derecha, la caseta de control y la oportuna delegación de la librería "Llig". Me dirijo a la puerta pequeña situada a la derecha de la entrada principal y entro en el magnífico claustro. Magnífica también la atención y amabilidad de la persona encargada de la información al público. Recojo folletos, atiendo las explicaciones y, antes de subir a las salas de consulta visito fugazmente la sala de exposiciones donde se exhiben materiales de interés sobre el liberalismo español, herencia de un interesante simposium recientemente celebrado. Nota al pie: soy el único visitante y ni la hora ni el día son intempestivos. Una aburrida señorita me informa que han enviado circulares a los Institutos y que cree que la afluencia crecerá. Toma fuerza en mi interior una acrisolada convicción: la valorización de espacios culturales exige un esfuerzo de marketing y difusión mucho mayor. De nuevo la desproporción entre la inversión y el esfuerzo realizado y su rentabilidad social como tema a debate.

Con estos pensamientos cojo el ascensor, con un estúpido e innecesario alarde tecnológico consistente en que en el espejo lateral aparecen en fila 50 o 60 individuos que se me parecen extraodinariamente en un pasillo virtual iluminado por pequeños focos halógenos. Un detalle de modernidad o de "coentor", según se mire.

Me dirijo a la sala de consulta (de nuevo estoy sólo), me siento delante del ordenador y hago las mismas consultas rutinarias que ya he hecho desde mi despacho de la Facultad. Nada nuevo. Como no me

he apuntado a una visita programada, no puedo visitar el ala izquierda (donde están los depósitos) y la Iglesia (todavía en restauración por parte del Ayuntamiento) todavía no puede visitarse. Paso de visitar la tercera planta, donde están las obras "raras y valiosas" y donde parece que va a instalarse nuestra innecesaria Academia Valenciana de la Lengua.

Un tanto "depre" me dirijo a la salida, no compro el catálogo de la exposición porque la librería ya ha cerrado (sólo abre por la mañana) y, de nuevo en taxi, me voy a comer con un amigo a quien debo una última reflexión no exenta de interés: la Biblioteca Valenciana debería, en buena lógica, seguir el modelo de la Biblioteca Nacional de Cataluña, de la Biblioteca Nacional, de la Biblioteca Nacional Francesa …. Es decir, debería ser el sitio donde cualquier libro escrito en el País Valenciano o sobre el País Valenciano pudiera encontrarse. Y los editores tendrían a gala enviar el primer ejemplar de sus ediciones a la Biblioteca. No se trata de "localismos". Es una cuestión de "filosofía". ¿Para qué necesitamos una Biblioteca Valenciana en mayúsculas?. Me es igual que no la hayan denominado Biblioteca Nacional Valenciana. No está el horno para bollos. Pero si es la Biblioteca de todos los valencianos, debería estar ahí todo lo nuestro. No se trata sólo de ir comprando colecciones sino de definir un proyecto atractivo y compartido con autores y editores. ¿Es éste el objetivo?. Si lo es, me congratulo y, si no lo es, creo que no estaría mal discutir el tema.